



*Prof. Dr. Manuel Fernández Álvarez*

## FERNÁNDEZ ÁLVAREZ: COMPROMISO Y RIGOR DE UN MODERNISTA

Si quisiésemos caracterizar la personalidad del profesor Manuel Fernández Álvarez, probablemente basten dos palabras, que a la vez son dos términos, dos conceptos y dos realidades: compromiso y rigor podrían contribuir a la definición, en parte, de la compleja pero a la vez sencilla forma de entender la vida y vivirla, de este asturiano nacido en Madrid, en 1921, y fallecido en 2010. Hombre que ha vivido la plenitud del siglo XX con todos sus avatares, contratiempos, contradicciones y también con sus cambios y avances tecnológicos y sociales.

Un denominador común ha caracterizado su larga y fructífera vida: la entrega y dedicación absoluta a un ideal y a una pasión: la Historia. Y lo hizo a partir de una gran voluntad, afán de trabajo y compromiso con un proyecto vital y social; cualidades que tendríamos que colocar junto a otras, en la figura y la personalidad del profesor-doctor, como a él le gustaba denominarse en actos y situaciones académicas, D. Manuel Fernández Álvarez. Precisamente, ese impulso y enorme vitalidad de los que hacía gala le permitían superar las dificultades personales que significaba la enfermedad de Marichú, su compañera de toda la vida.

Rechazó las indicaciones paternas de seguir la carrera de medicina y se inclinó por las letras; en 1942 concluyó su licenciatura en Historia por la Universidad de Valladolid con Premio Extraordinario. Y así prosiguió hasta que en abril de 2010 la última obra del profesor-doctor: *Biografía de una nación*, editada por Espasa, salía de la imprenta a la vez que los teléfonos anunciaban su irreparable pérdida. Hasta el último momento estuvo pendiente de su trabajo.

Es difícil sintetizar toda una trayectoria vital de setenta años de dedicación completa a la Historia. Los titulares de prensa en el día de su fallecimiento le calificaban de: «César y Hombre de la Historia de España»; «el historiador con lírica»; «el iluminador de la Historia de España»; «el historiador por excelencia de la España del Siglo de Oro»; «gran investigador y catedrático ejemplar»; «el biógrafo de España»; «el gran divulgador de nuestro pasado». Son algunos de los titulares de prensa que el pasado 20 de abril de 2010 anunciaban el fallecimiento del insigne historiador. En realidad la síntesis de todas ellas anuncia el significado, la personalidad y el ejemplo de lo que fue y quiso ser Manuel Fernández Álvarez.

Naturalmente, un tinte y rasgo hiperbólico ilustra dichos titulares, propio del panegírico que acompaña las páginas de recuerdo de quien ha concluido su etapa vital y ha significado un avance notable historiográficamente hablando a la vez que ha conectado con el conjunto de la sociedad a través de sus biografías y del éxito de público que le acompañó, en palabras de Ricardo García Cárcel: en tiempo tan tardío como merecido en el mercado editorial.

Tuve el placer de conocer personalmente al profesor Fernández Álvarez en ese espacio profesional que ha caracterizado a toda una generación de profesores universitarios: el sistema de oposición nacional celebrada, normalmente, en Madrid y que reunía a todos los posibles candidatos a la realización de varios ejercicios en tribunales por sorteo, excepto del Presidente de 5 e, incluso, de 7 miembros durante un período de tiempo que legitimaban un sistema de acceso duro y difícil pero garantía, en bastantes ocasiones, de calidad y preparación de los candidatos seleccionados; nunca exentos, naturalmente, de la impregnación habitual de un sistema de relaciones científicas que podemos denominar como clientelares; por otra parte, normales en la relación de trabajo maestro discípulo propia del ámbito y el contexto universitario.

Era el año 1979, y hacía ya 14 años que el magisterio del doctor y catedrático Fernández Álvarez se venía impartiendo en las aulas de la prestigiosa Universidad de Salamanca. Actividad que desde 1976 y durante ocho años más compatibiliza con la dirección del Colegio Universitario de Zamora, llevando a cabo una actividad de intenso y muy notable trabajo y convirtiendo dicho centro en un foco de promoción universitaria y de calidad cultural de dicha ciudad. Un año después de concluir su compromiso en Zamora, recibe el Premio Nacional de Historia de España; y dos años después es elegido miembro de número de la Real Academia de la Historia, donde ingresa en 1987; década, por tanto, que consagra plenamente la actividad que había iniciado en Madrid en 1960, cuando regresa a dicha ciudad para hacerse cargo, interinamente, de la Cátedra de Historia Moderna de la Universidad Complutense, tras impartir una conferencia invitada en la Universidad alemana de Freiburg sobre el Emperador Carlos V. Personaje al que le dedicó más de veinte años de su vida académica.

El *Corpus Documental de Carlos V*, donde reunió más de ochocientos documentos inéditos, publicado entre 1973-1981 por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la Universidad de Salamanca y la Fundación Juan March, constituye, posiblemente, la contribución y el avance científico más notable de su etapa profesional. Es normal la vinculación realizada entre los estudios e investigaciones sobre el Emperador y el trabajo incansable del historiador madrileño. Publicó también una biografía sobre Carlos V, que iniciaría un camino y un género historiográfico al que más tarde, ya en la década de los noventa, se dedicaría con un notable éxito editorial. La trascendencia de su obra se vio reflejada en la traducción al inglés, alemán, checo, polaco e, incluso, en entrevistas en la televisión japonesa respecto al reinado de Felipe II.

Accedió a los 44 años a la Cátedra de Historia Moderna de la Universidad de Salamanca, ciudad que no abandonó y en donde vivió y consagró su actividad docente implicándose en la vida cultural de la misma. Dedicación que se vio recompensada con

distinciones como la medalla de oro de la ciudad de Salamanca (2007) y el Premio de Ciencias Sociales de la Comunidad de Castilla y León concedido ese mismo año. Ejerció dicha actividad durante 21 años, hasta que se jubiló en 1986, siendo elegido profesor emérito ese mismo año. Momento que coincide con la que hemos denominado década excelente para su trayectoria y trabajo; y en la que recibió el Premio Nacional de Historia de España por su obra *La sociedad española en el siglo de Oro* (Madrid, Editora Nacional, 1984; Gredos, 1989); fue propuesto e ingresó en la Real Academia de la Historia, habiendo iniciado la década con una invitación como profesor visitante en la Universidad de Londres tras su publicación en 1975 de su *Charles V, elected Emperor and hereditary Ruler* y su posterior traducción en España con el título: *Carlos V. Un hombre para Europa* (1977). Volverá sobre el Emperador con su obra *Carlos V, el César y el hombre* (Espasa Calpe, 1999), que obtuvo el premio Don Juan de la Fundación Conde de Barcelona por considerarla: «un ejemplo magistral del género biográfico, que combina el rigor histórico, la novedad en los planteamientos y una escritura atractiva para un público amplio».

Fiel reflejo de su personalidad, especialmente de su dedicación a la divulgación y transmisión de la historia como reflejo de la pasión por la misma y de su muy notable compromiso social, es la actividad que desarrolla en la Secretaría de Extensión Universitaria de la Universidad de Salamanca en el período 1966-1972. Muchos de sus alumnos durante este período: Ángel Rodríguez Sánchez (sucesor en la Cátedra de Historia Moderna en la Universidad de Salamanca y, desgraciadamente, desaparecido), José Ignacio Fortea, Baltasar Cuart, Julio Sánchez y otros que harían muy amplia esta relación cuentan las peripecias al representar las obras de teatro por los pueblos y plazas de España; pero, sobre todo, resaltan la gran labor cultural en una especie de Barraca a lo García Lorca.

Las palabras de Víctor García de la Concha encajan perfectamente en este contexto cuando mencionaba que: «fue un gran divulgador popular de la Historia, principalmente del Siglo de Oro». Precisamente lo literario y la literatura fueron compañeros inseparables. Algo característico en la formación de quienes pertenecían a esta generación; es el ejemplo, también, de su buen amigo el cartagenero José María Jover con el profundo conocimiento y la excelente reflexión sobre la España del siglo XIX hecha a partir de los episodios nacionales y las obras de Benito Pérez Galdós o el bello libro de *Mr. Witt en el Cantón*. Fernández Álvarez afirmaba que: «si algún éxito he tenido como historiador se lo debo a la literatura». Lo literario se impuso a lo histórico, como afirmaba la periodista Tereixa Constenla en el obituario del diario *El País* (20 de abril 2010), y señalaba el ejemplo de la trilogía *Dies Irae*, en la que retrató los tiempos convulsos de la Guerra Civil y la posguerra.

El esfuerzo y la entrega en el trabajo formaron también parte de su personalidad. Su trayectoria ha constituido todo un ejemplo de dedicación a lo largo de los casi 45 años que estuvo en activo; desde que en 1942 fue nombrado Profesor Ayudante en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valladolid y becario del Consejo Superior de Investigaciones Científicas hasta su jubilación en 1986. Y es este testimonio el que nos permite comprender su última aventura o, por mejor decir, una segunda

fase en su etapa vital e historiográfica, pues ambas no sólo coincidían sino que se superponían en esa entrega y pasión que le caracterizó durante toda su vida. Me refiero, por una parte, a las biografías: *Felipe II y su tiempo* (Espasa Calpe, 1998); las dedicadas a las reinas: *Juana la Loca, la cautiva de Tordesillas* (Espasa Calpe, 2000), obra que alcanza un total de veintidós ediciones; *Don Carlos, El príncipe rebelde* (Espasa Calpe, 2000); *Cervantes visto por un historiador* (Madrid, Espasa Calpe, 2005), que recibió el Premio Villa de Madrid 2006 de Ensayo y Humanidades Ortega y Gasset, así como el Quijote del año otorgado por la Sociedad Cervantina de Esquivias. Es aquí donde Fernández Álvarez alcanza su máxima conexión con los lectores y el público en general. El éxito editorial es excepcional y los escaparates de las librerías se inundan de los grandes personajes del Siglo de Oro escritos por el profesor Fernández Álvarez.

Por otra parte, debemos recordar su preocupación por transmitir y difundir la Historia. Lo que le lleva a escribir *Pequeña Historia de España* (Espasa Calpe, 2008). Se adentró también en la compleja problemática de la Guerra Civil, trasladando sus experiencias vitales: *Diario de un estudiante en tiempos de Guerra Civil* (Espasa Calpe, 2007) y la trilogía titulada: *Dies Irae* (Espasa Calpe, 2001).

Su fallecimiento truncó sus posibilidades de obtener el Premio Príncipe de Asturias en Ciencias Sociales en la última convocatoria del presente año de 2010. En la convocatoria de 2009 había quedado finalista. Sin embargo, siempre obtuvo el premio de sus lectores y del seguimiento que el público, en general, le dispensó a su obra. Su aportación a la historiografía nacional y universal queda sobradamente cumplida con su excepcional obra sobre Carlos V. La sociedad española en el Renacimiento y las biografías de sus grandes personajes formaron su dedicación cotidiana, continua y fundamental; sin olvidar su deseo de difundir y dar a conocer tanto los testimonios de su propia vida como la síntesis de la Historia de España que nos ofreció en sus últimos años mediante la *Pequeña Historia de España* y en *España. Biografía de una nación*, la que él mismo denominó como: «Este es mi legado. Sin ninguna duda mi obra más importante». Con el máximo respeto, permítame mi querido amigo indicarle y sugerirle que su obra más importante fue, precisamente, su dedicación, entrega, pasión, compromiso y rigor en la Historia de España durante toda una vida. Vida que se convierte en referente y ejemplo.

Francisco Chacón Jiménez  
Catedrático de Historia Moderna, Universidad de Murcia